

Taube y Kruse, que pretendían conocer á fondo los planes políticos de Ivan, alcanzaron muy pronto gran consideración y una posición elevada en la corte de Segismundo Augusto, el cual les perdonó el papel mas que ambiguo que habían representado y los utilizó para negocios importantísimos. En cambio los livonios alemanes solo con repugnancia los toleraron.

Ivan, atemorizado é indignado por la traición de estos dos hombres, procuró en vano atraerles á su lado: demasiado sabían ellos la suerte que les esperaba si tal hacían, y Segismundo Augusto, á quien el czar prometió dar la libertad á todos los prisioneros livonios á cambio de la entrega de aquellos dos hombres, rechazó naturalmente la proposición, en vista de lo cual — si no son exageradas las noticias que sobre este punto tenemos — el moscovita mandó dar muerte á algunos miles de prisioneros que de lo contrario hubieran podido ser rescatados.

Ivan se mostró bondadoso para con Magno, tranquilizando á este rey vasallo que temía sus iras por el fracaso sufrido y ofreciéndole, ya que entretanto había muerto Eufemia, la mano de su hermana menor, María. El czar estaba intranquilo y temeroso y volvió á pensar en su antiguo plan de refugiarse en caso de gran apuro en la corte de su amiga, la reina de Inglaterra. Por otra parte los tártaros y los turcos le inspiraban vivísimo cuidado: Crimea no había reconocido su título de czar y solo á fuerza de sobornos y de presentes podía Ivan conservar una paz insegura, aumentando su inquietud cuando supo que Soliman se proponía reconquistar á Kasan y Astrakan. En la primavera de 1569 el sultan envió á un bajá con 17,000 hombres con el encargo de unir el Volga y el Don por medio de un canal y apoderarse luego de Astrakan: 50,000 tártaros debían unirse á los turcos. Dióse en efecto comienzo á las obras de unión de los dos rios, pero afortunadamente para Moscú, los orientales no pudieron vencer las dificultades técnicas que su empresa presentaba. Llegó el invierno y el bajá, á pesar de haberse amotinado sus tropas, prosiguió su marcha hácia Astrakan. Esta ciudad pudo salvarse del peligro que la amenazaba por una feliz casualidad, cual fué el falso rumor de que se aproximaba un ejército ruso, rumor que movió á los turcos á emprender la retirada. Ignórase si esto fué debido á alguna intriga de los tártaros, pero es lo cierto que el khan de Crimea hizo valer ante los ojos del czar como un mérito suyo la retirada de los turcos. En realidad no les convenía mucho á los de Crimea tener á los otomanos por vecinos en las estepas orientales, pues con ello se habrían visto necesariamente sometidos á la dependencia de Turquía.

Los turcos, sin embargo, no renunciaron al plan que tenían tan bien preparado; así es que cuando á la muerte de Soliman, Ivan envió una embajada á Constantinopla para felicitar al nuevo sultan Selim, este contestó á las felicitaciones de los embajadores diciéndoles que «era preciso que le entregaran á Kasan y Astrakan.» En Moscú temíase ver de un momento á otro renovada la guerra y en medio de la excitación y del miedo transcurrió el año de 1570, sin que nada importante se hiciera para la defensa del territorio. Cuando en la primavera de 1571 fué tomando cuerpo el rumor de que el enemigo se disponía al ataque, el czar envió á sus vaivodas al Oka con 50,000 hombres, mientras él con la Opritschnina estableció su campamento en Serpujoff.

Esta vez el enemigo se presentó realmente, pero no eran los turcos los que avanzaban contra los rusos, sino los tártaros en número de 120,000 hombres mandados por Dewlet-Girei. El khan esperaba que después del espanto que la destrucción de Nowgorod y las ejecuciones de Moscú habían producido, no encontraría una enérgica resistencia, y en

efecto, no faltaron personas que se afanaran por allanar el camino, no por simpatía á la persona de Dewlet-Girei, sino por el deseo de vengarse del czar. Guiado por los traidores consiguió el khan atravesar el Oka, con lo cual quedaron cortadas las comunicaciones entre el czar y el grueso de su ejército, y mientras los tártaros se dirigían á marchas forzadas sobre Moscú, Ivan con su Opritschnina huía por Bronniza y Alejandrowa hácia Rostow, y los príncipes Bjelski, Mstislawski, Worotinsky y Schuisky se encaminaban precipitadamente con 50,000 hombres á la capital moscovita para defender la ciudad y sus templos. No obstante, no se trabó ningun combate entre los rusos y los tártaros: estos habían llegado el día 24 de mayo á Moscú y conseguido incendiar los arrabales, cuyas llamas avivadas por un fuerte viento envolvieron muy pronto á la ciudad entera, que fué reducida á ruinas, quedando únicamente en pie el Kremlin, que estaba construido de piedra. El número de los que perecieron en el incendio fué espantoso, suponiendo algunas memorias extranjeras que se elevó á 800,000: sacerdotes, boyardos, mercaderes, soldados y toda la gente de condición ínfima que huyendo de los tártaros se había refugiado en Moscú, todos sucumbieron en aquella catástrofe indescriptible. En presencia de aquel mar de fuego que ante ellos se extendía no les quedó á los tártaros mas recurso que retirarse sin intentar siquiera poner sitio al Kremlin, pero no sin llevarse consigo 150,000 prisioneros, con los cuales entraron en Crimea: los mercados de esclavos de Oriente se vieron nuevamente atestados de mercancía rusa.

Cuando Ivan nada tuvo ya que temer, regresó á Moscú. La carta que le dirigió Dewlet-Girei merece ser transcrita porque refleja gráficamente los sentimientos del que la escribía y retrataba fielmente la situación. «Quemo y devasto por causa de Kasan y de Astrakan — escribía el khan — y confiado en la omnipotencia de Dios reduzco á polvo todas las magnificencias del mundo. Me he dirigido contra tí; he incendiado tu ciudad y quise arrancarte la corona y la cabeza; tú, sin embargo, no has venido, no te has defendido, ¡y aun te jactas de ser el gossudar de Moscú! Si tuvieras vergüenza y fueras de noble estirpe, habrías salido á nuestro encuentro y te habrías defendido. Si con buen sentido quieres nuestra amistad, devuélvenos nuestros jurtes de Kasan y de Astrakan: todas las riquezas, todos los tesoros del mundo que puedas ofrecerme los desprecio, pero quiero poseer á Kasan y Astrakan. ¡Ahora he visto los caminos y los senderos de tu imperio y los conozco perfectamente!» Ivan contestó con una carta humilde mostrándose dispuesto á entregar á Astrakan, pero en realidad trabajaba por evitar la cesión. Los tártaros, que resultaban terribles cuando no encontraban fuerte resistencia á sus repentinos ataques, no tenían fuerzas suficientes para realizar sus propósitos, que, como la reconquista de Kasan y de Astrakan, de ser realizada hubieran hecho retroceder en un siglo el desenvolvimiento político de Rusia. Las casas de madera de Moscú volvieron á surgir de entre los escombros del incendio; Ivan dilató hábilmente el cumplimiento de sus promesas y cuando en 1572 los tártaros repitieron sus ataques, el príncipe Ivan Mikolowitz Worotynsky y el livonio Jorge Farensbach les derrotaron tan completamente en el Oka que por mucho tiempo quedó conjurado todo peligro de su parte. Ivan, como era natural, no quiso oír hablar ya mas de la cesión de Astrakan y Dewlet-Girei tuvo que abandonar sus pretensiones.

Así estaban las cosas cuando la muerte de Segismundo Augusto enardeció la cuestión de la sucesión al trono de Polonia: en la gran solución definitiva que se presentaba tomaron parte muy activa todos los factores políticos del Oriente de Europa.

CAPITULO VIII

LA CRISIS DE POLONIA (I)

El día 7 de julio de 1572 ocurrió el acontecimiento por tanto tiempo esperado: el rey Segismundo Augusto, último Jaguillon, falleció en territorio lituano, en Knyschin, hoy

gobierno de Grodno, sin dejar disposición alguna respecto de su sucesión en los reinos unidos de Lituania y de Polonia. La ficción de derecho público según la cual Polonia era una monarquía electiva, la esperanza alentada hasta lo último de tener un heredero en un nuevo matrimonio, y finalmente la repugnancia á tomar acuerdos que no pudiera revocar, habían hecho olvidar á Segismundo Augusto la inmensa

Sarmacia Asie.



Facsimile de la *Cosmografía* de Sebastian Munster (1550).

responsabilidad que sobre sí atraía con su indecisión. El monarca polaco había fluctuado durante toda su vida entre las corrientes opuestas que dividían entonces la Polonia en partidos hostiles, y aunque era mas lituano que polaco, había

entregado á su patria atada de piés y manos á la Szlachta polaca y á la contra-reforma que se iniciaba y nada había hecho para indicar la norma de conducta que había de seguirse en las inminentes luchas electorales. Un hecho que caracteriza el estado de cosas que había de sobrevenir era la situación del tesoro real, el cual, según se decía, no contaba con recursos ni siquiera para enterrar al rey. Por otra parte no existían disposiciones legales que determinaran la forma en que debía hacerse la elección del nuevo rey, ni se sabía quién había de encargarse del gobierno durante el interregno. No

(1) Véase Tratschewsky: «El interregno polaco,» Moscú, 1869; Solowiewff: *Historia de Rusia*, tomo VI; Noailles: *Henry de Valois et la Pologne en 1572*, 2.^a edición, Paris, 1878; Schukowitz, obra citada; Bestuschew, Rjumin; Reimann: «La elección de rey en Polonia en 1573,» en la *Revista histórica* de Sybel, y «Lucha de Roma contra la libertad religiosa en Polonia, en 1573 y 1574.»

es, pues, de extrañar que estallara una lucha de partidos que conmovería profundamente a la nación ó, lo que es lo mismo, á la nobleza: el antagonismo de los estados, de las provincias, de las confesiones, y la ambición de los Estados vecinos, dejáronse sentir con toda su fuerza, y la unión de Lituania y Polonia fué nuevamente puesta en duda, surgiendo de todo esto, como era de temer, un inextricable caos de planes contrapuestos y de esperanzas encontradas.

En primer término descollaba la enemistad de la Pequeña Polonia con Cracovia, centro del movimiento reformista, y de la Gran Polonia con Gnesen, centro del nuevo catolicismo. Por si debía ser regente durante el interregno Uschanski, primado de la Iglesia polaca, ó Jan Firley, gran mariscal de la corona, vaivoda de Cracovia y jefe de los reformados, suscitó una gran cuestión de principios, cuya importancia fué por todos reconocida. El triunfo de Uschanski, que le dió derecho para reunir la futura dieta de convocación, fué la primera victoria de los católicos, pero la persona del primado entrañaba un peligro que Roma estimaba en lo que valía. Uschanski, que todavía acariciaba el proyecto de una Iglesia nacional polaca, creyó que había llegado entonces el momento propicio para realizar sus planes y á este efecto se propuso convocar, además de la dieta, un sínodo provincial en Varsovia, donde podría llevar á cabo sus intentos; pero los jefes de la reacción católica pudieron más que él: Karnkowski, Commendone, Hosio y sus auxiliares trabajaron con tanta habilidad, que Uschanski se encontró al cabo de poco completamente solo y se convenció de que su tiempo no había llegado todavía, viéndose muy pronto envuelto de tal manera en la red de intrigas tramadas en Lituania y en Polonia, que le faltó todo punto de apoyo.

El partido de la contra reforma se condujo con admirable habilidad. La principal dificultad que el cardenal Commendone tenía que vencer era la indiferencia religiosa, que todavía entonces hacía de la mayoría de los nobles católicos un instrumento poco útil. Por esta razón se dedicó no solo á unir á los católicos sino también á destruir la unión de los protestantes: la reconciliación del obispo de Cuyavia, Karnkowski, con Alberto Laski, el influyente vaivoda de Sieradz, dió nueva cohesión á los católicos polacos, é igual éxito se consiguió en Lituania en una entrevista personal que Commendone logró celebrar con los estarostas de Samaiten, Jan Chotkiewitz y Nicolás Cristóbal Radziwil, apellidado Sirotko, hijo de Nicolás Radziwil el Negro. Como uno y otro, á fuer de nuevos adeptos, eran celosos propagadores del catolicismo y como la enemistad que les separaba tenía por causa más bien antiguas rivalidades de familia que resentimientos personales, la reconciliación superó á todas las esperanzas concebidas. Ambos estarostas convinieron con Commendone en que Lituania, sin esperar lo que sucediera en Polonia, elegiría por gran duque á uno de los hijos del emperador Maximiliano II que este mismo designara, contando con que Polonia se adheriría á su elección llevada del deseo de no romper la unión lituano-polaca. Un ejército de 25,000 hombres que fácilmente podrían poner en pie los dos magnates apoyaría y robustecería estos planes, y si mientras tanto el emperador avanzaba hacia las fronteras de Polonia protegido por Alberto Laski, era indudable que había de lograr la elección de su hijo. El particularismo de los lituanos, el fervor religioso de los católicos polacos y el interés dinástico de la casa de Habsburgo debían tender juntos á un mismo objeto. El plan, sin embargo, fracasó por la conducta del emperador, á quien repugnaba más que á los mismos lituanos y polacos ejercer tal violencia, y resultado fué que cuando se decidió á obrar había ya pasado la ocasión propicia. Cuando en 26 de agosto entró en Cracovia una fastuosa embajada austriaca, las pro-

habilidades de éxito de parte de Austria habían disminuido notablemente, acabándose de malograr por completo el proyecto por la poca habilidad de aquellos embajadores y la falta de plan de los agentes habsburgueses de segunda fila que al lado de ellos intrigaban. Commendone, que era el autor de la candidatura austriaca, vióse abandonado por agentes y embajadores y en unión del nuncio pontificio Portico apoyó á la impopular Ana, hermana de Segismundo Augusto, pensando casarla con un archiduque austriaco. La aversión profunda que los polacos tenían á los alemanes, el temor de caer en una situación análoga á la en que se encontraban los demás Estados vasallos de Austria, la dependencia en que esta nación tenía á la nobleza bohemia y finalmente el hecho de que un rey Habsburgo traería muy probablemente como dote una guerra con los turcos, todo esto contribuyó á que el partido austriaco fuera perdiendo cada día más terreno.

Con esto hubiera podido creerse que salían ganando los protestantes, que tenían sabios y poderosos caudillos en el vaivoda de Sandomir, Pedro Zborowski, y en el gran mariscal de la corona, Jan Firley; pero también por este lado supo Commendone conservar las ventajas logradas. Firley era, como sabemos, vaivoda de Cracovia y estaba enemistado, por su misma posición, con Zborowski; Commendone, explotando esta circunstancia, supo convencer al de Sandomir de que Firley se proponía ceñirse la corona real, con lo que consiguió romper la unidad del partido reformista hasta el punto de obtener de Zborowski la formal promesa de que no toleraría la elección de un protestante. De esta suerte quedó descartada toda posibilidad por parte de los protestantes de ver entronizado á un correligionario suyo, siendo todo lo más que podían esperar la elección de un soberano que les asegurara una completa libertad religiosa. Entre los candidatos que entonces se propusieron, Ivan el Terrible era el que contaba con más probabilidades de éxito. Ya hemos visto que la idea de una unión de Rusia y Lituania no era nueva; el gran duque Alejandro é Ivan III la habían acariciado, aunque en muy distinto sentido, y en tiempo de Ivan el Terrible más de una vez surgió en la mente de los lituanos. La población greco-ortodoxa de las provincias rusas de Polonia y los muchos partidarios de la Iglesia rusa la apoyaban: los Radziwil y los Chotkiewitz habían estado en varias ocasiones unidos al czar y nunca se habían roto por completo las negociaciones. Sin embargo, Ivan tenía á la sazón en su contra la antigua enemistad entre los dos Estados vecinos, sus creencias griegas, su crueldad y sobre todo la dureza con que trataba á la alta aristocracia rusa. Los turcos, con quienes necesariamente había que contar, pretextaban ya que un rey polaco adicto á la religión griega fácilmente podría excitar á la rebelión á los súbditos del sultan que profesaban aquella fe, y por lo mismo no querían oír hablar de Ivan. Finalmente temíase en Polonia, con mucha razón, que el centro del reino fuese trasladado de Occidente á Oriente. Estos temores se disipaban ante otras consideraciones. En efecto, declábase que Lituania con el gran poder del czar ganaría extraordinariamente en seguridad; recordábanse la afinidad de idiomas (movimiento panslavista digno de ser tenido en cuenta), la igualdad de costumbres, la comunidad de enemigos (turcos y alemanes), y, en suma, se desvanecían otros escrúpulos con apasionamiento genuinamente polaco. Añadíase que los septentrionales siempre habían tenido vivos deseos de establecerse en los países meridionales, que Ivan abandonaría la fría ciudad de Moscú para fijarse en Cracovia, donde brillaba un sol espléndido, y por lo tocante á sus creencias religiosas, declábase que poco había de importarles á los protestantes que el czar no se mostrara rehacio á hacerse católico. Pero el principal fundamento de estas ten-

dencias estaba en que Ivan era inmensamente rico y en Polonia como en Lituania había infinidad de manos dispuestas á recibir; así es que el que mucho diera, podría contar con gran número de amigos.

Por otra parte, este partido «ruso» no hacía gran hincapié en que el elegido fuese precisamente Ivan; por el contrario creía que podrían obtenerse todas las citadas ventajas, sin exponerse á los peligros de una soberanía directa del czar, con solo elegir rey al segundo hijo de éste, al tímido niño Feodor.

Ya cuando se notificó oficialmente la muerte de Segismundo Augusto se propuso este plan á Ivan, el cual, según su costumbre, dijo en un largo discurso, bien meditado y en extremo característico (1), que «en su persona tendrían los polacos y lituanos un buen soberano, porque él solo se mostraba duro con los malos; era dos veces más rico que su padre y contaba con grandes fuerzas militares. Si recientemente había huido ante los tártaros, era porque con solos seis mil hombres había tenido que hacer frente á 40,000 enemigos y porque había sido abandonado sin previo aviso por los boyardos. Debía, pues, enviársele una embajada ofreciéndole la corona, después de lo cual no disminuiría los derechos de Polonia y de Lituania, sino que, por el contrario, los aumentaría, jurando, además, que no tomaría venganza de los tráfugas. No había de abrigarse temor alguno por Livonia, pues bajo su gobierno, como rey de Polonia, Livonia, Nowgorod, Pskoff y Moscú serían una misma cosa. Si no se le quería como rey, podía enviársele una gran embajada con la cual él firmaría la paz. No tenía empeño en conservar á Polozk, y aun estaba dispuesto á ceder algún territorio moscovita con tal que se le diera la Livonia transdúnic. La paz reinaría eternamente entre él y el reino y á sus hijos les impondría el juramento de no hacer la guerra contra Lituania mientras subsistiera su dinastía. No podía, sin embargo, dar á los polacos ninguno de sus hijos, porque esto sería como si le arrancaran los ojos de sus órbitas.»

Polonia y Lituania deseaban ante todo estar en paz con Moscú durante el interregno; de aquí que á pesar del poco éxito de las primeras negociaciones con Ivan, se preparara una nueva y numerosa embajada cuyo envío se retardó intencionadamente hasta que á principios de 1573 hizo su entrada en Moscú. Los nuevos embajadores exigieron que Ivan les contestara categóricamente si quería ser él el elegido ó si había destinado á alguno de sus hijos para ceñir la corona de Polonia, manifestándole que en uno y otro caso debía garantizar los derechos de la Szlachta y ceder las cuatro ciudades de Smolensko, Polozk, Uswjat y Oserischtsche, á las cuales se agregarían algunas otras ciudades y territorios si el elegido resultaba ser Feodor.

Todo esto contrariaba abiertamente los deseos del czar, pues desde las últimas victorias obtenidas sobre los tártaros había crecido considerablemente en él la idea de su propio valer, así es que se negó á consentir en nada que significara cesión de territorios y á aceptar la corona á no ser que se le ofreciera con el carácter de hereditaria. Ivan sabía que el emperador y el rey de Francia habían enviado embajadores, pero creía que uno y otro no podían menos de tener en cuenta la condición ilustre de su dinastía: él y el turco eran los príncipes más nobles de Europa y su familia procedía de César Augusto (2); por esta razón debía insistir en que en su título se antepusiera Moscú á Polonia y á Lituania. Ivan

únicamente cedía á los polacos su hijo Feodor en el caso de que Polozk y toda la Livonia quedaran agregadas á Moscú, y estaba dispuesto á firmar una paz perpetua bajo la condición de que se le cediera la porción de Livonia que se extendía allende el Duna, en cuyo caso Polozk y Curlandia permanecerían unidas á Lituania. Haraburda, el jefe de la embajada, hizo la observación de que sería muy difícil para Ivan, dada la extraordinaria extensión del imperio, viajar constantemente de un lugar á otro, y añadió que había de tenerse en cuenta que sin la conversión del czar al catolicismo era imposible hablar de su elección.

El czar no supo qué contestar por de pronto é invitó á los embajadores á que se le presentaran al día siguiente. La contestación que entonces dió fué muy poco satisfactoria: en ella daba poquísimos importancia á su deseo de permanecer adicto á la religión griega, insistía más detenidamente en la cuestión del título y venía en definitiva á parar en que prefería mucho más unir solamente la Lituania á Rusia, sin ser elegido rey de Polonia. Pero su inquietud desconfianza volvía á surgir claramente en el hecho de no querer salir del territorio ruso sino acompañado de su Opritschnina y de sus dos hijos, á pretexto de que le habían dicho que los polacos querían hacerle traición, apoderarse de su hijo y entregarlo á los turcos; por esta razón necesitaba firmes juramentos para poder moverse con toda seguridad, amen de que era ya viejo y prefería, por lo tanto, que se eligiera rey al hijo del emperador, con quien él firmaría una paz perpetua.

Cuando Haraburda se disponía á regresar á su patria, Ivan quiso hacer una última tentativa, y al efecto le envió á decir que gustoso aceptaría á Lituania y que la defendería contra Polonia.

Nada tiene de extraño que en vista de esta conducta se disolviese el partido moscovita en Lituania y en Polonia. De todas las negociaciones entabladas solo había resultado evidente la firme resolución del czar de poseer la Livonia por lo menos hasta el Duna y el deseo de apoderarse también de los territorios lituanos. Las concesiones que hacía eran poco menos que ilusorias y en cuanto á los tesoros rusos, á pesar de las peticiones formuladas en distintas cartas, habían permanecido cerrados para Lituania y para Polonia. ¿Quién podía, pues, seguir siéndole adicto, en estos territorios?

La poca habilidad del Austria, la tenacidad y la desconfianza de Ivan y las divisiones intestinas del protestantismo polaco, abrieron paso de esta suerte á una nueva intriga. La candidatura francesa del duque Enrique de Anjou, hermano del rey Carlos IX, fijaba exclusivamente la atención de todos los demás partidos. Las primeras negociaciones con la corte francesa se habían entablado por medio de Juan Krakowski, hombre que por espacio de 26 años había residido en ella y que fué quien llamó sobre el duque de Anjou la atención de los cinco hermanos Zborowski, todos afiliados á la religión reformada, los cuales excitaron al de Anjou para que se presentara candidato al trono de Polonia. Al recibirse en París á fines de julio la noticia de la muerte de Segismundo Augusto, los franceses no perdieron un solo momento, enviando á Polonia para trabajar la elección de Enrique al obispo de Valence, M. Montluc, y proveyéndole de abundantes recursos que, al parecer, se elevaron á 400,000 ducados en oro y en joyas. Mas hábil negociador no hubiera podido encontrarse: la congenialidad del carácter francés y del polaco permitió descubrir con sorprendente facilidad los puntos en que debía apoyar la palanca. El intenso sentimiento nacional de los polacos, que se horrorizaba ante la idea de un rey alemán, nada tenía que temer de un príncipe francés. Montluc demostró que un rey francés aseguraba la paz con Turquía, que con él se ganaba un general de gran

(1) Véase Solowieff, VI, obra citada.

(2) En otra ocasión dijo que era bávaro. Lo que nunca quiso ser fué ruso. Véase también Forsten: «Actas y cartas para la historia de la cuestión báltica,» en los anuarios XVI y XVII, San Petersburgo, 1889, página 82.